

ha visto precisado a amputar. Emerge así ante los ojos del lector personajes, sucesos y urdimbre que el autor nos ofrece, encapsulados, asépticos, variados y agradables, pero que carecen de la frescura, diafanidad y zumo del fruto aprehendido en una obra artística de envergadura que debe entenderse como recreación de vida. Son también visibles las demasiadas coincidencias y la monotonía de algunos relatos, como las de *Genealogía trunca*, o la vaguedad de otros, como la de aquellos que se agrupan *En las viejas casonas*.

En un balance sereno, sin embargo, es necesario resaltar que, con seguridad, en *Alforja de ciego* tienen mayor peso específico los méritos descritos. Consideramos que los resultados del experimento, a fin de cuentas, son muy positivos. Pensamos igualmente que, desbrozando algunos artificios y sin presionar demasiado el envase, puede conseguirse una condensación y formalización de vida real y funcional a través de la palabra que satisfaga con creces a los buenos gustadores del arte.

Marco Gutiérrez V.

Efraín Szmulewicz: *DICCIONARIO DE LA LITERATURA CHILENA*. Santiago, Ediciones Lautaro, 1977. 563 páginas.

Este diccionario es presentado por su autor "con el fin de que estudiantes, estudiosos, simples lectores reciban una información general sobre los escritores chilenos y así poder partir de los nombres como hitos hacia estudios más acabados". En un encomioso prólogo Roque Esteban Scarpa señala que "en la obra se interiluminan la información y la ilustración sobre obras y autores, precioso servicio a estudiantes, periodistas y amigos de la cultura". El prologuista agrega que "se ha cumplido una labor importantísima para el reconocimiento del vuelo de nuestra patria".

Nosotros hemos examinado con interés y atención este *Diccionario* y creemos que la simple exposición de nuestras observaciones mostrará cómo ni se cumple la finalidad anunciada por su autor, ni la obra puede ser calificada como "precioso servicio" a la literatura chilena.

El *Diccionario* consta de 774 nombres, ya que en ningún caso puede hablarse de 774 escritores: se incluye cualquier aficionado del cual el autor tenga noticias, promisorios versificadores inéditos, autores de voca-

bularios náuticos o textos escolares, personajes influyentes en el gobierno militar, y todo tipo de plumíferos o escribidores, a veces con espacio más generoso que el dedicado a los poetas, dramaturgos o narradores chilenos. Este simple dato muestra una absoluta falta de comprensión de lo que la literatura es y una clara distorsión de la realidad y lo convierte en un instrumento deformador. Pero esto es sólo el comienzo. Las distorsiones y desequilibrios pueden en seguida observarse en el espacio dedicado a cada nombre. Podrá objetárenos que este argumento es superficial, y que contar las líneas es un criterio cuantitativo y no cualitativo, etc. No lo creemos así en el caso de un diccionario, y más específicamente en éste, debido a que las desproporciones son gigantescas y demuestran claramente intenciones deformadoras. Veamos el caso de la dramaturgia chilena: Vodánovic, 10 líneas; Wolff, 3 líneas; Isidora Aguirre, 4 líneas; Jorge Díaz, 16 líneas; Fernando Debesa, 21 líneas; Fernando Cuadra, 31 líneas y José Ricardo Morales, 103 líneas. Si el espacio dedicado a cada dramaturgo significa algo, ¿qué idea se formará un estudiante que consulta en este libro la significación e importancia de los dramaturgos chilenos, cuando el autor despacha en unas pocas líneas a Díaz, Wolff o Debesa y dedica un poco más de 3 páginas a José Ricardo Morales?

Veamos el caso de tres de los más grandes poetas chilenos: Huidobro, 41 líneas; Neruda, 58 líneas y Gabriela Mistral, 33 líneas. Aquí parece no haber desproporciones gigantescas, hasta observar que se dedican 33 líneas a describir los cargos y distinciones obtenidos por Sergio Martínez Baeza, actual sub-director de la Biblioteca Nacional y 31 líneas a reseñar datos semejantes referentes a Enrique Campos Menéndez, asesor cultural del actual Gobierno y director de la Biblioteca Nacional.

O el caso de algunos escritores coloniales: Lacunza, 5 líneas; Núñez de Pineda y Bascañán, 8 líneas; Oña, 10 líneas; Ovalle, 12 líneas. Espacio más generoso les dedica a Inelia Uribe (21 líneas), a Francisco Alcalde Pereira (20 líneas) y a Efraín Szmulewicz (13 líneas).

Podemos observar también el caso de algunos escritores, tomados por nosotros al azar: Rubén Azócar (4 líneas), Waldo Atías (2 líneas), Margarita Aguirre (3 líneas), Alfonso Alcalde (3 líneas), Antonio Skármeta (9 líneas). A estas alturas no debemos perder de vista que estamos comentando un diccionario de escritores, para poder establecer una comparación del espacio dedicado a los cinco escritores que

acabamos de citar, con el espacio dedicado al General de Carabineros D. Aníbal Alvear (20 líneas), o con el espacio dedicado al General D. Agustín Toro Dávila, autor de un *Manual de estrategia militar*, un *Manual de seguridad nacional* y una *Síntesis histórico-militar de Chile* y actual Rector-delegado de la Universidad de Chile.

El Diccionario incluye también a algunos presidentes de Chile que han publicado sus memorias, ensayos sobre Política, Economía e Historia o simplemente sus discursos. No están incluidos todos los presidentes que publicaron Figuran sólo D. Arturo Alessandri Palma (7 líneas), autor de *Recuerdos de Gobierno*; D. Gabriel González Videla (7 líneas), autor de unas *Memorias*; D. Eduardo Frei (10 líneas), autor de numerosos ensayos y D. Augusto Pinochet (70 líneas), Presidente actual y autor de tratados de Geopolítica, Geografía e Historia. De más está decir que ninguno de los 4 presidentes citados debería figurar en un diccionario de literatura chilena. No hemos tenido en Chile presidentes - escritores, como los casos de Juan Bosch y Rómulo Gallegos en la República Dominicana y Venezuela respectivamente.

Las comparaciones que hemos establecido no deben ofender a nadie. Cualquiera que entienda la literatura como un valor permanente y con una identidad propia, verá en este *Diccionario* una completa distorsión de lo que la literatura es, al margen de las distintas teorías que se puedan seguir o sustentar sobre su carácter definitorio. Cada persona conoce bien el lugar que ocupa y la importancia que su labor tiene en los distintos campos de la colectividad humana. Estamos seguros de que Inelda Uribe o Francisco Alcalde no se sentirán ni satisfechos ni cómodos al ver sus nombres destacados por sobre Oña, Ovalle o Pineda y Bascuñán; y por más importancia que se reconozca en la labor de las autoridades de Gobierno, no hay ninguna razón para destacar sus nombres —en un diccionario de Literatura— por sobre la obra poética universal de Gabriela Mistral o Pablo Neruda. Estas incalificables distorsiones sólo nos dibujan el retrato moral de un espíritu rastreo y oportunista. Recordemos ahora que el autor en la introducción de su obra solicita comprensión por los posibles errores cometidos y enseguida estampa dos advertencias: 1) que dichos errores “se deberían a nuestra ignorancia”; 2) “nada de ello se hizo con torcidas intenciones”. Conviene puntualizar que estamos en completo acuerdo con la primera advertencia —nos referimos a esto en seguida—, y que la segunda advertencia que-

da suficientemente desmentida con los hechos que acabamos de exponer.

En cuanto a la información que el *Diccionario* ofrece, ésta puede separarse en dos partes bien diferenciadas. La que se debe al autor y la que el autor transcribe de otras fuentes. Esta última con mucha frecuencia está extraída de la solapa o contratapa anónima de alguna obra del autor que está tratando y en otras ocasiones se transcriben párrafos sin ninguna indicación, como el que introduce diciendo: “A propósito de la obra *Voz reunida* de Julio Barrenechea, en la columna sin firma se lee...”. También cita numerosas crónicas literarias, especialmente de Hernán del Solar, Hernán Díaz Arrieta (Alone), José Miguel Ibáñez (Ignacio Valente) y en menor cantidad de Edmundo Concha. Pero el grueso de su información proviene de un reducido número de obras panorámicas. Como en el caso de aproximadamente 40 poetas, cuyos espacios llena reproduciendo los juicios de Carlos René Correa (*Poetas chilenos del siglo XX*). Semejante número de reproducciones provienen del *Panorama de la literatura chilena* de Silva Castro, de la *Literatura chilena* de Livacic-Roa, de la *Historia personal de la literatura chilena* de Alone, de la *Historia de la literatura chilena* de Mengod, de la *Historia y Antología de la literatura chilena* de Montes-Orlandi. También cita con frecuencia la *Antología del cuento chileno* (del Instituto de literatura chilena) preparada por Lastra, Calderón y Santander y los *Estudios de literatura chilena* de Melfi. Al final del *Diccionario* hay una “Bibliografía básica” de 43 títulos y una “Bibliografía general sobre la literatura chilena” de aproximadamente 600 títulos, los cuales obviamente en su gran mayoría no fueron utilizados, con excepción de los que señalamos más arriba. Los párrafos extraídos de las que citamos recién son los únicos que contienen caracterizaciones y/o valoraciones dignas de atención y útiles para quien consulte este *Diccionario*: de muy distinta naturaleza son los párrafos redactados por el autor del mismo. En cuanto a la información, es muy frecuente encontrar errores y disparates como éstos: la novela *Soñé que la nieve ardía* de Skármeta, aparece como *Soñé que el fuego belaba*; refiriéndose a la obra de Ercilla, además de *La Araucana* agrega “y otras obras menores, sin importancia y olvidadas”; en una o dos ocasiones se refiere a “la generación del 39”; las memorias de Neruda figuran como *Confieso haber vivido*; inventa el subtítulo “canto heroico” para el *Arauco Domado*, transforma a Leonardo Peña en Peña; ubica a María Lefebre en la segun-

da mitad del siglo XX y a María Elena Gertner a principios de siglo XIX. Etcétera.

En cuanto a la Bibliografía de los escritores, aunque en muchos casos está al día, en otros, bastante significativos, está congelada alrededor de 1973, como ocurre por ejemplo con Fernando Alegría, Efraín Barquero, Jorge Díaz, Jorge Edwards, Oscar Hahn, Hernán Valdés y hasta con el mismo Neruda. (Y a propósito de Neruda, su caso merece un breve comentario: después de dedicar la mayor parte a la infancia y a la legada a Santiago del "inorbe vate", pasa por el nombramiento de concejal en Ranguin y de allí da un salto hasta la última etapa, señalando que recibe todo tipo de premios, incluyendo el premio "honoris causa" (sic) de los Estados Unidos. A continuación viene la parrufada final: "Su obra se multiplica y crece en calidad, mientras su vida se desenvuelve entre viajes y hijos. Finalmente, cuando ve acercarse el fin, confiesa (un tanto avergonzado) haber vivido". Dejamos a los lectores que observen hasta qué grado de ignorancia y baja se puede llegar).

Lo anterior, en cuanto a la información. Semejantes disparates se pueden encontrar en sus comentarios críticos: Fernando García Blest "es médico y profesor universitario, publicó dos libros de prosa agradable" y Gabriela Henríquez es cuentista "de inspiración espontánea, cuyos relatos no se leen con dificultad, aunque carecen de especialidad literaria". Al referirse a las dos obras publicadas por Fernando Hernández (*El pez en la luna* y *El mensaje de los peces*) estampa este agudo comentario: "parece que su obsesión son los peces, ya que a través de los títulos de sus dos obras la especie se destaca"; de José Donoso dice que "perteneció al Boom literario y se decepcionó de él"; refiriéndose a un poeta ariqueño señala que "ha tomado tan en serio su oficio lírico, que piensa dedicarse a la poesía toda una vida entera"; y para consagrar a cierto poeta dice así: "su último libro lleva una presentación del poeta linarense Edilberto Domarchi y un prólogo del escritor porteño Claudio Cárdenas Tobías. Parece que no caben más recomendaciones".

Con todo, es necesario reconocer que la información y las caracterizaciones son muy superiores al lenguaje que emplea: a veces se torna metafórico y nos informa que Claudio Giaconi "indaga en las faltriqueras mentales de sus personajes"; o que María Hevia, "ex vicecampeona de natación de Chile, nada con timidez en las le-

tras". Otras veces el espíritu poético se puede notar en ciertos errores intencionales para conservar la rima: Hugo Montes en "abogado, ensayista, antólogo, tratadista, filólogo"; o bien adopta un tono íntimo cuando dice "A través de la lectura de lo escrito por Magdalena (Memita) Vial..." Tampoco faltan las humoradas: "Adolfo Couve es un trabajador regular de la pluma (o máquina de escribir)..."

Nunca terminaríamos. Además de su lenguaje metafórico, métrico, íntimo o humorístico, su estilo en ocasiones se torna algo hermético; Ramón Laval es "precursor del folklore chileno" y el comentario sobre Violeta Parra termina así: "y cuando ya no está entre nosotros —se refiere a Violeta Parra— Bernardo Subercaseaux y Jaime Londoño publican una biografía con real adhesión de ella en Buenos Aires"; refiriéndose a Pezoa Véliz, leemos: "El terremoto de 1906, en Valparaíso, lo tomó de sorpresa en una casa de pensión, donde unos escombros cayeron sobre su pie derecho, dejándolo cojo después de varias intervenciones quirúrgicas. Y finalmente le encontraron hondos focos tuberculosos en los pulmones". Como vemos, Ramón Laval pasa del siglo XX a precursor de nuestro arte autóctono, Violeta Parra muestra adhesión a sus biografos después de muerta y los médicos dejan cojo a Pezoa Véliz.

Además del desastroso uso del idioma y de una sintaxis lamentable, habría que señalar los muy frecuentes errores ortográficos, aunque de esta tarea nos podemos excusar: puede sorprenderlos y corregirlos un buen estudiante de la escuela primaria.

El autor del *Diccionario*, que anuncia con humildad su "falta de pretensiones", no se olvida de autoconcederse más espacio que a muchos escritores; se muestra extrañado porque no le han concedido el Premio Nacional de Literatura a un escritor del cual se considera "ahijado"; y después de señalar varios ensayos sobre la vida y poesía de Nicanor Parra, anuncia que tiene en preparación su "Nicanor Parra, biografía emotiva", "donde el vate tendrá un retrato más cabal".

No habríamos gastado tiempo ni esfuerzo en leer y hacer observaciones a este libro vergonzoso, si no estuviéramos pensando principalmente en el lector no especializado, o en estudiantes que con la ingenuidad del que se inicia en los estudios literarios o de cualesquiera otras disciplinas, pudiera fiarse de su información y de sus juicios. Los especialistas advertirán mejor que nosotros los errores, las distorsiones y el ni-

vel en que se puede ubicar a esta verdadera astracanada.

Jorge Román-Lagunas

Barrenechea, Ana María: *TEXTOS HIS-  
PANOAMERICANOS. DE SARMIENTO  
A SARDUY*. Caracas, Monte Avila, 1978.  
320 p.

El presente volumen reúne catorce artículos publicados en diversos lugares entre los años 1953 y 1977. Como se anuncia en la contratapa, constituye un verdadero itinerario de la autora en cuanto a los temas que han ido interesándole y en cuanto a la perspectiva crítica que ha adoptado en sus acercamientos. Dentro de los autores tratados encontramos variedad: Borges, Macedonio Fernández, Adolfo Bioy Casares, Cortázar y Sarduy por un lado; por otro, Sarmiento, Felisberto Hernández, Arreola, Mariátegui, Elena Portocarrero y Arguedas. Además un ensayo de tipología de la literatura fantástica. Es curioso notar que esta clasificación bimembre que proponemos de los autores es posible: los asuntos y autores de la ironía, el humorismo, la nada, el sinsentido, el vacío, la ambigüedad y el estoicismo político reaccionario; los autores de la necesidad de modernidad y civilización, de la configuración de la llamada "circunstancia mejicana", de los problemas de la aparición de la modernidad en las sociedades tradicionales, de la rebelión juvenil, etc. Así podríamos decir que desde cierta perspectiva se pueden separar dos grupos en una tentativa tipológica. Sin embargo es unitaria la perspectiva del acercamiento que se emplea. Son los procedimientos narrativos, el punto de vista del narrador, las retóricas que se emplean en cada caso, los mecanismos simbólicos, el proceso escritural, las estructuras, etc. Se quiere partir de una aproximación a los rasgos formales característicos como configuradores semánticos de los asuntos tratados por cada autor.

El volumen se inicia con tres artículos de distintas épocas sobre el *Facundo* de Sarmiento. El primero de los estudios ve *Las ideas de sarmiento antes de la publicación de "Facundo"* (1959). Allí nos dice la autora cómo la obra del autor argentino se explica por el fenómeno Rosas, quien configura para Sarmiento el símbolo de la América a modificar. Más precisamente, se nos muestra los recursos y procedimientos que Sarmiento va encontrando en la búsqueda de formas para sus preocupaciones. La he-

rencia romántica le pondrá en las manos el subgénero biografía extraído de la novela histórica y que practicará previamente al *Facundo* en los artículos periodísticos sobre Aldao. Por otro lado, la concepción de la "historia filosófica" procedente también del romanticismo y que asumirá plenamente: "no el consignar hechos cronológicamente sino interpretarlos y ver en ellos las manifestaciones externas de una lucha de tendencias que forman la urdimbre de las comunidades humanas" (p. 24). Esta concepción, continúa explicándonos la autora, llevará a Sarmiento a aparecer constantemente en su obra y de forma directa, ejerciendo los postulados de interpretación que suscribe. Las formas cómo se realiza esta aparición del autor argentino son repasadas en un segundo artículo: *La configuración de "Facundo"* (1956). Aquí se explicita la relación entre las necesidades del combate político y la escritura del texto desde la perspectiva del plan de la obra. La primera parte desarrollará las ideas que constituyen la interpretación sarmientina del fenómeno Rosas partiendo de sus orígenes y determinaciones geográficas y culturales, pasando por el momento intermedio de Quiroga. La segunda parte del *Facundo* pondrá estos planteamientos en circunstancias históricas a manera de demostración *in situ*. Ambas partes estarán recorridas, sin embargo, por la constante aparición del autor, sea mediante exclamaciones, sea mediante preguntas que buscarán apelar directamente al lector. En el tercer estudio, *Función estética y significación histórica de las campañas pastoras en el "Facundo"* (1961), Ana María Barrenechea analiza los elementos con que Sarmiento ha configurado su noción de barbarie y describe el valor no solamente presentativo de ellos, sino su función simbólica dentro del texto. La pampa, el paisaje, el gaucho, el caballo, el cuchillo, aparecerán así teniendo no solamente un valor descriptivo del "espíritu de la pampa" sino como atributos caracterizadores de actitudes y personajes a los cuales se quiere presentar dentro del orden de la barbarie.

Otro ejemplo de esta perspectiva crítica que venimos reseñando lo constituyen los dos artículos que la autora dedica a Borges. Señalamos antes que Ana María Barrenechea se ha ocupado anteriormente de este autor en su libro de 1957 *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges*. El primer artículo refiere explicativamente los elementos de la retórica de este autor. El artículo es de 1975 y en él analiza el papel